

HACIA UNA POLITICA CULTURAL



BELISARIO BETANCUR
Exministro de Educación

1. El Crisol de los Valores

Cuando fui invitado por la Directora del Instituto Colombiano de Cultura y por el Presidente de ANIF a participar en este foro sobre problemas del desarrollo cultural y de financiación de la cultura en América Latina y en Colombia, no vacilé en aceptar por dos razones principales: en primer lugar, las instituciones que lo patrocinan se cuentan entre las que mayores servicios le han prestado a nuestro país para su desarrollo integral, entendido como un progreso armónico en los sectores económicos y sociales; en segundo lugar, porque el servicio a la cultura es un servicio social obligatorio, imposible de eludir sean cuales fueren las profundas o circunstanciales discrepancias que se puedan tener frente a los gobiernos. Y porque es posible, también, que en razón de mi independencia frente a los poderes constituídos, mis palabras puedan aportar elementos adicionales de clarificación y superar los linderos del elogio y de la censura en que suele moverse nuestra crítica intelectual.

Son, evidentemente, problemas que atañen a lo que Valery llamaba la política del espíritu, los que vamos a dilucidar aquí; problemas que se relacionan con nuestro desarrollo histórico y con nuestra identidad nacional, es decir con nuestra capacidad de presentarnos ante el tribunal de la historia como un pueblo autónomo e independiente, con personalidad propia.

Porque es la cultura el factor que crea la personalidad de los pueblos y porque éstos pueden sobrevivir a las catástrofes históricas cuando se ha agotado su poderío militar y aún cuando se ha disminuído su independencia política, pero no pueden hacerlo cuando se han cegado las fuentes de su creatividad cultural.

Probablemente nadie ha expresado tan bien estas ideas como Mircea Malitza, un antiguo ministro de instrucción pública de Rumania, en una mesa redonda convocada por la UNESCO para analizar la cooperación intelectual en relación con el Nuevo Orden Económico Internacional. Decía el intelectual rumano, en palabras de profundo sentido para nosotros:

"En el campo de la cultura, la afirmación de su propia personalidad equivale a lo que representa la independencia y la soberanía en el de la política. Los pueblos quieren ser ellos mismos. Desde este punto de vista, la cultura es el conjunto de vínculos entrettejidos que sostienen esta unidad de ser. Sin embargo, es no pasar aún de la superficie de las cosas, ver sólo en ellas meras manifestaciones del genio de un pueblo en el arte, la música, la danza y los monumentos. La cultura es más que eso; es un inmenso laboratorio que elabora valores a escala propia; ahí, en efecto, se produce el ensamblaje de sus propios elementos de pensamiento, ésto es, la matriz que imprimirá su efigie en todas las formas de creación artística o literaria. Ha llegado el momento de reintegrar sus derechos al término **cultura** y de renunciar a la definición restrictiva que la situaba en la periferia de la vida, confiriéndole un carácter de divertimento, de juguete y pasatiempo recreativo. No se la puede reducir sencillamente a una tarde de teatro, una sesión ante la pequeña pantalla, una visita a un museo en un fin de semana, o la lectura realizada en un momento de ocio. El valor es justamente lo que distingue al hombre de las demás especies, incluídos los maravillosos robots programados para imitar sus hazañas.

Ahora bien, la cultura es el crisol de donde surgen los valores, en el que se dibujan sus preferencias y se establece su jerarquía. Es una actividad sin tregua que exige la colaboración de todas las generaciones y se integra en un cuadro exiológico que afianza en conjunto la vida entera de la sociedad. Es imposible llevar la propia vida mediante una cultura extranjera. Al igual que la fase de la independencia política prepara la de la independencia económica, ambas preparan conjuntamente una etapa de desarrollo durante la cual la cultura, que fue víctima de la imposición de la dependencia extranjera, podrá manifestarse en toda su plenitud, consolidando la conciencia de sí misma, la voluntad de sobresalir en la historia, la sed de realizarse y su aspiración al progreso”.

2. Violencia, Explotación y Dependencia

Si queremos ver, así sea en un esquema muy breve, lo que ha sido el transcurso de nuestra vida cultural, a fin de mover los resortes para fomentar su desarrollo, tenemos que hacer un esfuerzo por captar las fuerzas más sobresalientes que han regido nuestra existencia, fuerzas positivas y negativas, que por igual las hay en la historia y por igual contribuyen a modelar la personalidad y el carácter de los pueblos.

Tres rasgos caracterizan en lo político y en lo económico, nuestro transcurso histórico: nacida de la superposición de una civilización sobre otras culturas ya establecidas, la violencia ha sido una constante de nuestra vida social. Junto con la violencia, y como secuela lógica de la misma, la explotación. Y estos dos factores configuran la dependencia.

Veámoslos con algún detenimiento.

Desde las primeras incursiones en Tierra Firme, la violencia acompañó el proceso de toma de posesión del territorio americano por la nación española. Esta violencia se ejerció en primer lugar contra la vida de los pobladores indígenas. Probablemente no había habido, hasta ese momento, un genocidio de tan amplias proporciones como el causado por el contacto de la civilización española con las poblaciones indígenas de América, genocidio que tuvo por causa no solamente la fuerza de las armas sino las enfermedades, el régimen de trabajo esclavista o cuasi-esclavista y las diferencias culturales.

En segundo lugar, violencia contra la cultura misma ya que ni la religión, ni la lengua, ni las producciones artísticas escaparon al ánimo avasallador de los conquistadores.

Y violencia también contra las formas de producción económica, que fueron suplantadas y cambiadas por otras que tendían a perpetuar la servidumbre de los pueblos conquistados.

Esta violencia se ejerció no solamente contra los indígenas sino posteriormente contra los negros importados del África y luego contra los criollos, descendientes de los españoles peninsulares. Violencia que tiene una continuación legítima en la gesta de la independencia, y que luego se deforma y se perpetúa en las guerras civiles, azote de más de medio siglo de la vida colombiana. Y violencia, en fin, que se torna endémica y que presta su nombre a todo un período de nuestra historia: la llamada “época de la violencia”.

La explotación y el despojo de **que** fueron objeto nuestros pueblos desde el día en que Colón pisó la tierra **americana**, sólo tienen parangón con los del África por los países europeos. Hay una curiosa página del diario del Almirante, correspondiente al 13 de octubre de 1492, en el que se relata con ingenuidad pero también con elocuencia, lo que puede ser el primer paso balbuciente de la explotación de nuestros indígenas:

"Esta isla es bien grande —dice Colón— y muy llana y de árboles muy verdes, y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, qué placer da mirarla; y esta gente hartamente mansa, y por la gana de haber de nuestras cosas, y temiendo que no se las han de dar sin que den **algo** y no lo tienen, toman lo que pueden y se echan luego a nadar; **más todo lo que tienen lo dan por cualquier cosa que les den**; que hasta los pedazos de las escudillas y las tazas de vidrio rotas rescataban; hasta ví dar 16 ovillos de algodón por 3 ceotis de Portugal, que es una blanca de Castilla, y en ellos había más de una arroba de algodón hilado".

"**Más todo lo que tienen lo dan por cualquier cosa que les den**". Así comenzó la explotación y así se nos fueron nuestro oro y nuestra plata. Y después nuestras quinas y cauchos. Y luego nuestros minerales y nuestro petróleo. Y esta explotación que aún se mantiene ejercida por otros, presenta su formulación teórica más acabada y más sutil en esos modelos de "desarrollo hacia afuera", que nos han llevado a planificar nuestro sistema de comunicaciones para que nuestras riquezas salgan de nuestras manos, y salgan los alimentos y las materias primas.

Violencia y explotación concurren para configurar la dependencia, fenómeno político y económico complejo, al cual se han dedicado muchos y eruditos análisis en los últimos años. Para nuestro propósito nos basta con establecer que la dependencia ha sido una constante de nuestra historia.

Nacidos a la vida histórica occidental bajo la dominación de España, una potencia europea de primer orden, en su época, que por una paradoja económica era, a su vez, dependiente de otras naciones más desarrolladas económicamente, como Francia, Inglaterra y los Países Bajos, cuando se consumó la independencia política de "estos Reinos", no alcanzaron la independencia económica, ya que sus economías pasaron a funcionar en la órbita del mercado mundial controlado por Inglaterra. Y luego por los Estados Unidos.

Pero nos quedaríamos cortos si pensásemos que esta dependencia es sólo económica. Ha sido comercial primero; luego comercial y militar; luego política y económica, y por último ha sido cultural y tecnológica. Como dice un agudo investigador de este fenómeno, "en el caso de Latinoamérica, podría hablarse más bien de una subordinación o dependencia **estructural**, es decir, de una dependencia que es económica, tecnológica, cultural, política y aún militar a la vez, que influye grandemente en la fisonomía de toda la estructura socioeconómica y que, en particular, condiciona muchos de los rasgos principales del sistema y del proceso de desarrollo".

Al analizar este fenómeno, en toda su complejidad, Octavio Ianni ha logrado establecer algunos caracteres propios de la dependencia latinoamericana, que resultan específicamente útiles para el análisis de los procesos culturales:

“Como resultado y condición de la dependencia estructural, algunas formas de pensamiento son incorporadas por los grupos sociales vinculados, directa o indirectamente, a los compromisos o intereses en juego en las relaciones con el país dominante. En consecuencia, el lenguaje de los dueños del poder en los países latinoamericanos, por ejemplo, pasa a revelar, a veces, grados bastante avanzados de compromiso político e ideológico. En ese plan surgen algunas manifestaciones de bilingüismo, típicos de grados avanzados de dependencia estructural. Poco a poco, técnicos latinoamericanos de diversas categorías pasan a ejercer sus actividades utilizando el inglés como medio de comunicación y diferenciación social.

“Al mismo tiempo utilizan las categorías de pensamiento proporcionadas por los técnicos del país dominante, como contenido de la comunicación.

“... Los valores culturales y los patrones de comportamiento social se duplican y se hacen contradictorios. Y también ocurre un cierto tipo de divorcio entre el pensamiento y la acción. Así, los antagonismos políticos y económicos (esto es, los antagonismos entre las clases sociales) se convierten en contradicciones culturales (axiológicas)”.

3. Las Tres Etapas

La dialéctica entre país dominante y país dependiente ha funcionado en la misma forma para nosotros, desde la época de la colonia, puesto que la configuración histórico-económica era la misma. **La cultura como fundamento y culminación de todos los procesos sociales reflejaba y refleja las condiciones del desarrollo de un pueblo.**

En un ensayo, ya clásico, sobre la literatura de su patria, el Perú, José Carlos Mariátegui insinúa cómo la creación poética de los países colonizados que han sacudido el yugo de la dominación, pasan por tres etapas: una etapa colonial, una etapa cosmopolítica y una etapa nacional, que cierra y concluye el proceso histórico, en una síntesis magnífica.

Aplicando estos criterios al desarrollo de nuestra cultura, podemos ver fácilmente cómo hemos pasado de la primera a la segunda etapa, y cuán lejos estamos de la tercera; y cómo nos iremos alejando más de ella si no introducimos correctivos a nuestra política cultural; es más, si no adaptamos una política cultural que rescate y fortalezca nuestra identidad nacional.

El historiador Jaime Jaramillo Uribe, en un perspicaz ensayo titulado “Tres Etapas de la Historia Intelectual de Colombia”, se aproxima, desde un punto de vista objetivo al esquema de Mariátegui, sin que quiera decir, en ningún momento, que lo siga doctrinariamente. En efecto, Jaramillo Uribe caracteriza así la época colonial de nuestra cultura:

“Religiosa, escolástica y filológica, la incipiente cultura neogranadina correspondía a lo que era la sociedad a mediados del siglo XVII. La población, indígena en su mayoría, vegetaba en una precaria situación de tránsito. Había perdido su cultura originaria y aún no había asimilado la nueva de los conquistadores, aunque era ya formalmente católica y hablaba la lengua española. El grupo criollo y el mestizo que estaban llamados a ser la columna central de la sociedad que se gestaba, eran todavía muy débiles y sobre todo el

mestizo carecía aún de formas culturales y sociales definidas. Era un "tente en el aire", como lo decía la gráfica expresión del lenguaje colonial de las castas étnicas, para significar la situación de inestabilidad social y psicológica de aquellos grupos mezclados que no pertenecían ni al indígena, ni al negro, ni al blanco de los criollos y españoles que tenían su puesto bien determinado en la sociedad".

4. Un Movimiento Internacional

Esta cultura impuesta desde fuera, que ignoraba y despreciaba las culturas indígenas por ella subyugadas y, casi simultáneamente, destruidas, se mantuvo como una planta de invernadero por casi tres siglos en la Nueva Granada. Los frescos vientos de la ilustración apenas lograron orearla un poco, si bien en una ocasión estos aires tuvieron turbulencia de huracán, en el movimiento heroico de los Comuneros. Solamente la gesta emancipadora logra cambiar radicalmente las condiciones del desarrollo de nuestra cultura intelectual. En este punto es preciso, también que sigamos a Jaramillo Uribe.

"Uno de los resultados de la independencia desde el punto de vista de la historia de la cultura fue la apertura del país hacia afuera, es decir, la apertura hacia influencias distintas de la española. Tras los contactos políticos y comerciales que se iniciaron con Inglaterra y Francia, sobre todo, llegaron las nuevas influencias culturales. Se inició entonces lo que en algún ensayo nuestro hemos llamado el proceso de desespañolización de la cultura. La generación de la independencia, por lo menos sus representantes más conspicuos, viró con especial simpatía hacia Inglaterra y su cultura. La misma influencia del benthamismo y fue sólo un aspecto de la influencia inglesa, que llegó a ser tan amplia que don Rufino Cuervo pudo hablar con propiedad de la "anglo-manía" de entonces. El período de 1840 a 1870 en cambio, es época de influencia francesa. Todo el movimiento cultural y de ideas a que da lugar la

revolución de 1848 en Francia, movimiento romántico por excelencia, imprime su sello en la cultura de la Nueva Granada. Asegurada la independencia y echadas las bases más o menos firmes de las instituciones políticas, rehecha la vida económica, la vida cultural tomó un amplio y vigoroso aliento no sólo en Bogotá sino en los dos o tres centros urbanos del país más desarrollados, como Medellín, Popayán y Cartagena. Llegaron entonces más libros del exterior, la prensa tomó un gran auge, las librerías se multiplicaron, los neogranadinos comenzaron a viajar más frecuentemente al exterior, especialmente a Francia, y los aires nuevos empezaron a ventilar los medios intelectuales. A pesar de las dificultades de los viajes, los movimientos de ideas europeas se hacían sentir en Bogotá a los pocos días de producidos en Londres o en París".

En los últimos años del siglo XIX soplan con mayor vigor los aires cosmopolitas sobre nuestra cultura intelectual y artística, y se producen entonces los fenómenos de Silva y de Valencia. Pero no es sino hasta bien entrado el siglo XX, con la generación de los nuevos, cuando se puede hablar de un verdadero movimiento internacional en las letras y en las artes del país.

5. Empobrecimiento de la Cultura

Me he detenido expresamente en estos aspectos de la evolución de la cultura intelectual y artística colombiana, porque quería mostrar cómo dicho cambio corresponde casi mecánicamente al concepto y a la evolución de la dependencia político-económica.

Pero ¿dónde se reflejan los otros dos factores que hemos analizado: la explotación y la violencia?

Es obvio que no basta hacer referencia a las obras que sobre el "tema" se han escrito en el país. Es de sobra conocida la llamada "novela de la violencia" y no quiero hacer hincapié en su valor testimonial. También existe una plástica de la violencia y es bien conocida la música de protesta.

Cuando quiero indagar por las huellas de la violencia y de la explotación en nuestra vida cultural, me refiero a algo más profundo, a algo más íntimamente compenetrado con nuestra vida social.

En primer lugar, la violencia y la explotación, como dije al principio, se reflejan en la disminución del capital genético indígena y en la desaparición de innumerables etnias.

En segundo lugar, en la desaparición de muchas teogonías y tradiciones orales, no solamente de las poblaciones indígenas sino de los campesinos y de las poblaciones marginales de la alta cultura material e intelectual.

Otro tanto puede decirse del peligro en que se hallan ciertos complejos monumentales, por falta de protección del Estado o por acción del saqueo no solamente de orfebrería o cerámica sino de los mismos monumentos prehistóricos o por la destrucción de obras arquitectónicas coloniales o republicanas.

En tercer lugar, violencia y explotación se reflejan en el menosprecio de nuestras clases cultas frente a los valores populares, por una parte, y a la explotación de los mismos con fines comerciales y turísticos.

Por todos estos medios se ha ido depauperando la cultura popular y se han ido agotando los tesoros artísticos que las culturas primitivas nos habían legado.

Pero no es ésto lo más grave. Más tremendo aún es el estado de postración moral en que viven ingentes grupos de nuestros compatriotas, que temen expresar sus creencias, sus sentimientos, sus valores estéticos, por temor a la humillación y al desprecio de quienes detentan el poder onmímodo de difundir valores extraños por los canales de la radio y de la televisión.

Este complejo de circunstancias en que se mueve nuestra cultura y cuya exposición hizo en el acto inaugural de este Foro Gloria Zea de Uribe, me han llevado a pensar que solamente una acción deliberada y de gran alcance de los poderes públicos puede salvar nuestra autenticidad cultural, y restituír a nuestro pueblo los valores escondidos en su alma que no han podido manifestarse por años de incuria y de abandono.

Y pienso que esta cruzada debe iniciarse cuanto antes, porque ella no solamente contribuirá a devolver nuestra identidad cultural sino que permitirá conquistar nuestra independencia económica y encontrar el camino de un desarrollo integral y equilibrado.

6. Pedagogía por la Acción

La estructurada monografía titulada "La Política Cultural en Colombia", del escritor Jorge Eliécer Ruiz, es el primer intento serio en nuestro país por dotarlo de un instrumento crítico y a la vez programático, para la acción cultural. Muchos de los programas allí propuestos, como éste con el que culminará el presente Foro, de la creación de una empresa integrada para la producción de bienes culturales, son válidos en la actual coyuntura del país.

Pero se impone una reflexión permanente y un planteamiento a fondo de las nuevas opciones que se han creado en los últimos años, a partir de la acción ejemplar del Instituto Colombiano de Cultura, y de esa "pedagogía por la acción" de que hablaba ayer Gloria Zea de Uribe.

Existe ya una sólida doctrina elaborada por la UNESCO con la colaboración de los Estados miembros de todas las latitudes, acerca del desarrollo cultural y de los instrumentos para lograrlo.

En el cuarto Plan francés de desarrollo se definía así esta opción política:

"El desarrollo cultural de una sociedad, en un momento dado de su desarrollo económico y social, debe expresar la calidad de las respectivas relaciones del hombre con esa sociedad; vale decir, el grado de autonomía de esa persona, su capacidad de situarse en el mundo, de comunicarse con sus semejantes y de participar mejor de la sociedad, pudiendo este hombre, al mismo tiempo, liberarse. En esa perspectiva, se trata de optar por un cierto número de valores individuales y colectivos que hacen del desarrollo cultural la finalidad de las finalidades".

Y Felipe Herrera, uno de los latinoamericanos más preocupados y mejor informados sobre las políticas culturales en el continente, decía:

"No basta, sin embargo, enfatizar la importancia de la cultura si al mismo tiempo no reconocemos la complejidad de la sociedad moderna, y no nos damos cuenta de la necesidad de una acción organizada. Es así como surge el énfasis por las políticas culturales.

"Son muchos lo que discuten la conveniencia de la preocupación gubernamental en función de la cultura. Creemos, sin embargo, que estas personas no han comprendido todavía que la historia se acelera en el curso de los últimos años y que hoy existe un desafío planetario que exige que los países se organicen y se asocien en campos que antes eran privativos de individuos y entidades aisladas. Querámoslo o nó, necesitamos de políticas culturales. El problema está en que esas políticas puedan conservar y garantizar la libertad humana; y éste es un problema que sobrepasa las fronteras de la cultura para situarse en la razón de ser de los diversos sistemas económicos, políticos y sociales".

En otras palabras, podemos decir que el desarrollo cultural es el complejo de actividades de preservación, difusión y estímulo a la creatividad, que realiza una sociedad determinada, con el apoyo o sin el apoyo de los gobiernos, para contrarrestar los efectos nocivos que producen las actividades encaminadas a un mayor desarrollo económico, o para restaurar el equilibrio emocional y sensible perturbado por las tensiones de la vida moderna, o simplemente para ejercitar la creatividad individual y social.

En la medida en que estas actividades son susceptibles de organizarse socialmente, podemos decir, también, que son susceptibles de ser encuadradas dentro de una política del Estado. Política que obviamente debe responder a los fines últimos que busca el Estado de acuerdo con los esquemas filosóficos a que responde.

7. Hacia una Política Cultural

Después de estas breves digresiones sobre el desarrollo cultural y la política cultural, en abstracto, es necesario retomar el hilo de mi exposición en donde lo dejé, es decir en la necesidad que tiene el Estado de abocar en forma inmediata un vasto plan de desarrollo cultural, si quiere detener las consecuencias que en lo social, en lo político y aún, me atrevería a decir, en lo económico, se avecinan para el país a causa de la pérdida de sus valores éticos y de la degradación de su sensibilidad.

Quiero, en primer lugar, expresar mi acuerdo con la Directora del Instituto Colombiano de Cultura, en el sentido de que la elección del Instrumento es fundamental para el logro de los objetivos. Creo en que, a pesar de las realizaciones del Instituto como organismo, ha llegado la hora de revisar su estructura y de adoptar un instrumento más eficaz, de mayor categoría política y administrativa y de mayor entidad en todos los órdenes. Máxime si se tiene en cuenta que existen muchas actividades estrictamente culturales, como las que se ejercitan a través de los medios de comunicación social, que deberían estar adscritas al organismo de dirección de la cultura. Y otras como las científicas, que no pueden concebirse por fuera del aparato cultural, ya que sin éste la ciencia pierde su razón de ser. En cierta forma es preciso superar, desde el instrumento mismo la dicotomía entre ciencia y cultura, ya que según dice uno de los científicos más destacados de nuestro tiempo "los problemas que marcan una cultura, pueden tener una influencia sobre el contenido y el desarrollo de las teorías científicas".

Si se piensa en este complejo de actividades, en sus interrelaciones y en el papel que deben desempeñar en el desarrollo de una sociedad como la nuestra, entonces encontramos pleno sentido a la propuesta de crear un Ministerio de Cultura, ya que las complejas tareas que debe acometer el Ministerio de Educación en el campo de la enseñanza formal son tan abrumadoras que no le permiten otorgar toda la atención y el cuidado necesarios a empresas que pueden aparecer como secundarias, porque los recursos son reducidos, o porque su peso específico dentro de la sociedad no ha sido plenamente establecido.

Pero dejando aparte el problema de la estructura del instrumento, nos resulta insólito y un tanto extravagante que el organismo director de la cultura nada tenga que ver con la radio y con la televisión, cuando por estos medios se difunden los mensajes de mayor impacto, aquellos que pueden degradar o elevar en mayor medida el ambiente cultural de una sociedad. ¿Cómo pensar que a través del libro se pueda contrarrestar la influencia de la televisión, cuando éste puede llegar al ciento por ciento de la población y aquel tiene su acción limitada a los letrados y, entre éstos, a quienes disponen de los recursos económicos necesarios para adquirir los libros costosos y escasos?

Si nos atenemos a estas simples observaciones, debemos convenir en que una política cultural debe tener en cuenta en forma prioritaria los medios de comunicación social. Como debe tener en cuenta, también, la estructura, las modalidades y los contenidos de la educación formal, para apoyar su acción o para corregir sus deficiencias, cuando ello sea posible. Educación y cultura son elementos inseparables en la tarea de edificar una sociedad en la que la calidad de la vida sea la aspiración primordial. Me atrevería a decir que la educación no puede alcanzar sus metas, si no tiene por fundamento unas arraigadas motivaciones culturales. Sobre esto hay mucho que decir, pero me limitaré a mencionar el hecho de que sólo aquellas sociedades que se han planteado un cambio fundamental en sus esquemas de vida social y política, entre las sociedades en vías de desarrollo, han logrado la erradicación del analfabetismo.

Una política coherente de desarrollo cultural debe fundamentarse en la protección del patrimonio cultural de los colombianos. Pero no solamente del patrimonio monumental y arqueológico, valioso también, pero que sólo es el símbolo petrificado de los esfuerzos del pasado. Antes que nada es necesario proteger el patrimonio vivo representado por los creadores del presente, por los artistas y compositores; por los escritores y hombres de teatro; por los intérpretes de la música típica y de la música culta que ejercitan su actividad por todo el territorio del país.

Este es el patrimonio más importante con que cuenta el país, junto con sus creaciones populares, aquellas representadas por sus trajes y alimentos, por su folclor y sus creaciones anónimas, encarnadas en mitos y en leyendas, y de donde se nutren los creadores cultos, aquellos García Márquez y León de Greiff, que consultan la savia popular y que se alimentan de la tierra, como los héroes de las leyendas antiguas.

Y junto con una política de protección de las creaciones y de los creadores, es necesario proteger nuestro patrimonio natural, ese habitat sin el cual no es posible realizar ninguna obra humana. El patrimonio cultural y el patrimonio natural están íntimamente ligados, hasta el punto de que en las civilizaciones más refinadas son inseparables y constituyeron la gloria de Babilonia y de Versalles, o de esa "Ciudad Perdida", a que aludía Gloria Zea en su intervención de ayer. Proyecto de tan grandes alcances, este de unir los recursos de los colombianos para proteger la naturaleza y la cultura, que no imagino otro que esté más unido a nuestra supervivencia como comunidad nacional.

Y por último, pero no por eso menos importante, la difusión de nuestros valores artísticos y sensibles; la expansión de nuestras creaciones éticas y morales, el mantenimiento de nuestras creencias, de todo lo que constituye el alma nacional.

El sólo enunciado de las tareas que nos esperan, indica las posibilidades que encierra en cuanto impulso para el desarrollo auténtico, para aquel que no se mide en términos de producto bruto interno sino que afecta la misma calidad de la vida, la independencia nacional, nuestra identidad como pueblo.

En la medida en que logremos integrar, en torno a nuestros valores y a nuestras creaciones estéticas, un conjunto de acciones y de programas, orgánicamente estructurado, en esa medida podremos romper las cadenas del sub-

desarrollo y encontrar la vía del progreso moral y material.

Y porque estos temas no despiertan interés público dado el ambiente elitista en que se discuten y a que su desarrollo correspondería al Estado, creo que una tarea fundamental de Procultura consiste en mostrarse como organismo con capacidad de iniciativa propia y no sometido a la camisa de fuerza burocrática; en convertirse en el centro de irradiación de fórmulas como la creación de fundaciones o becas patrocinadas por el sector privado para ampliar la órbita de la investigación en Colombia. Los esfuerzos aislados pero eficaces que se cumplen en el Banco de la República, en el Banco de Colombia, en la Fundación Alejandro Angel Escobar, en la Fundación Ospina Pérez, y en otras entidades similares, deben adquirir proyecciones más amplias, al ejemplo de organizaciones de aliento cultural de algunos países europeos y de Estados Unidos y el Canadá, en donde exenciones de impuestos y otros tipos de estímulos resultan baratos por la magnitud de las aportaciones que desatan.

Y dada la precaria asignación de recursos que el expresidente Alberto Lleras, Gloria Zea y Ernesto Samper Pizano han señalado, sin duda ha llegado el momento de establecer la "Dimayor" de instituciones minoritarias de la cultura de que Lleras hablara ayer; y probablemente ha llegado también el momento de pensar en un porcentaje fijo del presupuesto del Ministerio de Educación, por ejemplo un 5% , para que la cultura no siga siendo el huésped incómodo y mendicante que es.

En fin, sería de no concluir el enunciar otros procedimientos concretos y viables para el logro de una difusión racional de los elementos que conforman una definición de la cultura, en los términos en que lo hizo ayer la brillante Directora del Instituto al pedir la elevación a rangos mayores, en su dramática pero realista exposición ante este Foro.

Empresas como la que se inicia hoy constituyen una de las claves para marchar hacia un desarrollo auténtico, según la concepción de tratadistas de todas las tendencias. Al respecto hemos ojeado las numerosas variables de una definición a nuestro patrimonio cultural en términos institucionales. Hay, sin embargo, otra definición más rotunda y que se refiere a la práctica o por lo menos a la defensa de la libertad de pensamiento y de la libertad de elección: es el derecho a la información, a una información entendida en su sentido profundo y más amplio. Necesitamos con urgencia, y en esto puede ser decisoria la fuerza de Procultura, la información que dan los estudios serios sobre nuestro pasado, nuestro presente y desde luego nuestro futuro. No miremos con indiferencia o con temor el desafío que nos impone la perspectiva de un pueblo con datos suficientes para juzgar la sociedad en que vive, los patrones determinantes de esa sociedad y, desde luego, las ideas y el comportamiento de quienes ocupan posición de liderazgo.

Cuando haya desaparecido esa indiferencia y haya desaparecido aquel temor, estaremos transitando ya el camino del auténtico desarrollo y de la democracia real.

BELISARIO BETANCUR